

LIBRO SEGUNDO.

---

Lágrimas y Perfumes.

---

A LA ILUSTRACION Y A LA VIRTUD.

---

A MIS NOBLES AMIGOS, LOS DISTINGUIDOS DOCTORES,

JOSE CAYETANO OROZCO Y AGUSTIN RIVERA.

I.

ZAPOPAN.

(Convento de Zapopan, Abril 21 de 1851.)

En la planicie allá de la montaña  
Con imponente austeridad se eleva  
El gran convento, cuyo nombre lleva  
Como un sello de luz y redencion.  
Sus cuadrilongas torres se dibujan  
Entre las rojas nubes del Poniente;  
Resalta en su aridez y continente  
No sé qué melancólica espresion.

¡Qué silencio! ¡qué paz! ¡qué áura bendita!  
En este austero sitio—¡qué pobreza!  
¡Mas qué aseo, qué adorno, qué limpieza,  
Qué trato el de los monjes, qué humildad!  
Atras se queda el desengaño impío  
Al entrar á esta casa hospitalaria,  
Lugar del rezo, el himno y la plegaria,  
Mansion de misteriosa soledad.

Hospicio santo, que en su seno acoge  
Al pobre, al delincuente, al peregrino,  
Que hacen posada allí de su camino,  
En busca de las sendas del Señor.  
Se amparan de los buenos cenobitas,  
Cuya regla monástica es ejemplo  
De penitencia y de virtud, un templo,  
Refugio en las tormentas y el dolor.

Virtuosos misioneros, consagrados  
Al bien de los demas, faros de ciencia,  
De fervor, de piedad y de inocencia,  
De apostólico celo y caridad.

Viageros incansables del desierto,  
Navegantes osados de los mares,  
Oráculos de luz en los altares,  
Modelos de cristiana humanidad.

Ellos abren sus puertas para todos  
Como abre Dios las puertas de los cielos,  
Y hayan dicha, esperanzas y consuelos  
Los que sin fé ni paz entran allí.  
Un humilde agasajo, limpia mesa,  
Modesta cama y asistencia amable,  
Un no sé qué tan grato é inefable  
Que jamás en el mundo conocí.—

Estoy en una celda solitaria,  
Volví á leer *La Imitacion de Cristo*,  
Y á solas con mi alma me contristo  
Y mi espíritu anhela lo eternal.  
Me duele algo en el alma, y cuando tiendo  
Mi vista al mundo, el corazon se oprime,  
Y en el recinto de las tumbas gime,  
Léjos de esa mundana bacanal.

Solo interrumpe en el vecino pátio  
El silencio del claustro magestuoso,  
El murmullo del agua misterioso  
O el canto de alguna ave del vergel.  
Los silvestres naranjos cuando esparcen  
Sus blancas flores sobre el musgo verde,  
Sube su aroma, y el rumor se pierde  
En las eternas bóvedas con él.

Con sus túnicas pardas y talaes  
Cruzan los solitarios religiosos  
Los largos corredores espaciosos,  
En santa y celestial contemplacion:

O véense arrodillados en el templo,  
O se escuchan sus voces en el coro,  
Cuando resuena el órgano sonoro  
Y se alza á Dios su mística oracion.

Pasean por las calles de la huerta  
Con báculos nudosos los ancianos,  
Mientras, tal vez, los jóvenes ufanos  
Podan ó ingertan, riegan el jardin.  
Se bañan en las aguas del estanque,  
O allá á los bolos placenteros juegan,  
O á pasatiempos útiles se entregan,  
O á lecturas de Dios con santo fin.

¡ Tranquila soledad, grato retiro,  
Cuando abruman las penas á mi pecho,  
Mi corazon respira satisfecho  
Al pié de alguna solitaria cruz !  
En el coro, en los claustros, en la huerta,  
Bajo un árbol, vagando silencioso,  
De quietud y de calma codicioso,  
Amo la soledad, huyo á la luz.

Pláceme esa penumbra misteriosa,  
Esa crepuscular, sombra mentida,  
Claridad que tal vez vaga perdida  
Del convento al jardin, del templo á Dios.  
El misterio que al hombre relaciona  
Con la idea divina, ese misterio  
Que envuelve al magestuoso Monasterio,  
¡ Y nos lleva, Jehova, cerca de vos !

¡ Oh cuántas yacerán rudas pasiones  
Dentro de aquestos muros enterradas,  
Qué de esperanzas de ambicion burladas,  
Qué tesoros de gloria y de amistad !

¡Cómo ahogarán recuerdo tras recuerdo  
Allá en su corazón casi tranquilo,  
Los monjes héroes, que en su santo asilo  
Mártires son de la moderna edad !

“Toma tu cruz y sigueme,” nos dicen,  
Y así al Divino Salvador imitan,  
Cuando á cumplir el Evangelio exitan  
Vertiendo la palabra celestial.  
¡La Cruz y el Evangelio! ¡Oh casa santa,  
Asilo de piedad, adios te digo,  
Dejé mi pena y desazon contigo  
Y llevo en mí tu númen inmortal !

¡Qué bellos son tus santos tabernáculos!  
¡Qué oloroso el incienso de tus naves!  
Tus divinos consuelos ¡qué suaves!  
¡Qué divinas tus voces de perdon!  
Nos trasportan tus cánticos al cielo,  
En tí se aspiran ámbar de calma,  
Vuelves tú al infeliz la paz del alma,  
Y la perdida dicha al corazón.

La tradicion y la piedad consagran  
El culto de esa vírgen portentosa,  
A quien venera el alma religiosa  
Con actos de cristiana sencillez.  
¡Venid, los desdichados de la tierra,  
Roídos corazones, los pesares  
Se amortiguan al pié de los altares,  
Pierde el cáliz del llanto su acidez!



## EL AGUACERITO DE ZAPOPAN.

(Villa de Zapopan, Junio 13 de 1851.)

Vamos al aguacero  
Que llaman de Zapopan;  
En el fondo de un barranco  
El baño rústico está.  
De las solitarias peñas  
Brotó el fresco manantial,  
En lluvia que se evapora  
Y baja el musgo á esmaltar.  
Como liquidadas perlas,  
Lucen aquí y acullá  
Las dulces gotitas de agua,  
Del sol á la claridad;  
Que cual trémulos diamantes  
Se les mira titilar  
En el cáliz de los mirtos  
De aquella frondosidad.  
Crecen otras florecitas  
Que aromas silvestres dan,  
Entre la mojada yerba  
Y al márgen del arenal.  
Zumban alados insectos,  
Y se oye tal vez quejar,  
Entre sauces escondida  
A una paloma torcaz.  
¡Qué trozo de agua tan pura,  
Limpia, azul, corre al bajar  
Sobre un lecho de arenitas  
Tan finas como el cristal!  
Brilla el iris de los cielos  
En la cascada fugaz,  
Reflejándose en las aguas

Del sereno manantial.  
 Clara vertiente, apacible  
 En tan grata soledad,  
 Sitio agreste y silencioso,  
 ¡Cuán dulce es tu dulce paz!  
 La fuerza de los calores  
 Mitigas, claro raudal,  
 Y tienes sombra y murmullo  
 Que invitan á descansar—  
 Ven, alma mia, á este sitio,  
 Púdica y jóven beldad,  
 A soñar con esos sueños  
 De tu alma celestial.  
 Mil luminosos vapores  
 Tu belleza cercarán,  
 Miétras coronas de mirtos  
 Tu sien blanca y virginal.  
 Para que allí te sorprenda  
 Blando sueño, al inclinar  
 En la palma de la mano  
 Tu cabeza angelical.  
 Callandito, callandito  
 Me acercaré por detras,  
 Y si miro un blondo rizo  
 Por tus espaldas flotar,  
 Veré para todos lados  
 Lleno de amante ansiedad,  
 Me arrodillaré quedito  
 No vayas á despertar,  
 Y un ósculo mas suave  
 Que tu misma castidad,  
 Dejaré en el blondo rizo;  
 ¡Que de mi alma saldrá!



## LA CASA DE LAS CAÑEDOS.

(Casa de mis padres, 29 de Junio de 1851.)

## I.

Ha vuelto un color suave  
 A bañar su hermosa tez,  
 Y á humedecerse sus lábios  
 Con la esencia del clavel.  
 Sus abundosos cabellos  
 En bandas de oro caén,  
 Y orlan su apacible rostro  
 Con su fulgurosa red.  
 Cimbra su gallardo talle  
 Como el donoso laurel,  
 Cubierto con el rocío  
 O del céfiro al vaiven.  
 ¡Cómo me miran sus ojos,  
 Brillando siempre á traves  
 De sus sedosas pestañas,  
 Con un mágico poder!  
 Está mas alta y garrida,  
 Y en su propia languidez,  
 Resalta noble y soberbia  
 La magestad de su ser.  
 La ví con un trage rojo  
 El dia de San José,  
 ¡Y ese dia aniversario  
 De un dia de gloria fué!—  
 Pájaro que libre vuela  
 De su capricho á merced,  
 Huí de su amoroso nido  
 Para tornar siempre á él.  
 ¡Nunca lograré una ingrata  
 Mi cariño merecer,

Ni alma tan pura y tan bella  
 En el mundo encontraré!—  
 Todos los días la veo  
 Entre las dos y las tres,  
 En la casa de sus primas,  
 Do todos la quieren bien.

## II.

¡Grata mansion! en su pátio  
 ¡Cúal se miran florecer,  
 Con su gala lujuriosa  
 Soberbios arbustos cien!  
 Son anchos los corredores,  
 La sala espaciosa és,  
 Y el comedor abre alegre  
 Sus ventanas para ver,  
 La luz, las hojas, los pájaros,  
 El sol que baña al vergel,  
 Las doradas mariposas  
 Que revuelan por doquier.  
 Silban las pintadas mirlas,  
 Y mas dulce que la miel  
 Regalan su blanda música  
 Tiernos zenzontlis despues.  
 Las pardas tórtolas dicen  
 Romanza de amor cruel,  
 Que espresa en sentidas notas  
 Melancólica viudez.  
 Florece un *huele de noche*  
 De un toseco pilar al pié,  
 Y penetrante perfume  
 Despide al anochecer.  
 Trepa el manto de la Virgen  
 Y azules yedras tambien,

Tapizando las ventanas  
 Sus festones al tejer.  
 ¡Fresca y tranquila vivienda,  
 Como el jardín de un haren,  
 Respira misterio y sombra  
 Su pátio que es un vergel!—

## III.

¡Qué familia la que habita  
 El hogar santo! ¡no hallé  
 Ninguna mas envidiable,  
 Ni mas dichosa á mi ver!  
 ¡Qué animacion en la mesa!  
 Blanquea el limpio mantel,  
 Luciendo el blanco servicio  
 Con graciosa sencillez.  
 Variados son los manjares,  
 ¡Cúal los riega el moscatel,  
 Y los coronan los postres,  
 Y las frutas y el café!  
 ¡Cuántos semblantes risueños!  
 ¡Qué de risas de placer,  
 Que estallan frescas, sonoras,  
 Llenando el espacio aquel!  
 ¡Qué diversidad de tipos,  
 Rúbias, morenas se ven  
 En el fondo de aquel cuadro  
 Luminoso, aparecer!  
 Cascadas de oro, ojos negros,  
 Lindos, diminutos pies,  
 Talles de ninfa, altas frentes,  
 Cabezas de ángeles, y en  
 Torno de aquellas diosas,  
 Niños de púdica tez,

Pequeños amores, grupos  
 Pintorescos que ríen,  
 Frente al cristal y las frutas  
 Doradas, y alguna vez  
 Las canastillas de rosas,  
 Que cortáran del vergel.  
 Preside siempre tal mesa  
 La mas sensible muger,  
 Noble matrona, tan grande  
 En alma, como en su fé.  
 Piadosa, sencilla, tierna,  
 Caritativa y fiel  
 Esposa, amiga modelo—  
 ¡Que un ángel pudiera ser!  
 Convierte en templo su casa,  
 En un hospicio, ella és  
 Madre de los desgraciados,  
 De los huérfanos sosten,  
 Cariñosa con los pobres,  
 Pródiga con la viudez.  
 Amante de las virtudes  
 Del corazon; ella és  
 Amor de aquella parvada  
 De mariposas, el bien  
 De los niños que alimenta,  
 El calor del nido aquel.  
 La bendicion que á sus hijos  
 Envía el Supremo Ser,  
 La *Santa* de la familia,  
 Su Providencia ¡ella és!—  
 Allí vá todos los dias  
 Ese cuadro á embellecer  
 Con su hermosura y encantos,  
 Mi solo, adorado bien.  
 Allí no se ha conocido

Nunca el dolor ni el doblez,  
 Siempre esa morada el reino  
 De la paz del alma fué.  
 De aquella mansion dichosa  
 La tristeza huyó en tropel,  
 Con los celos y la envidia,  
 El llanto y el padecer.  
 La música, el canto, el juego  
 Que prescribe honesta ley,  
 Una sociedad cumplida,  
 Fiestas de un puro placer;  
 Donaires, dichos agudos,  
 Risas, contínuo vaiven,  
 Imperan con dulce calma  
 En el paraíso aquel.  
 Feliz allí muchas veces  
 Cantar tierna la escuché,  
 Las favoritas canciones  
 Que eran mi delicia ayer.  
 Tardes del nublado Junio  
 En el corredor pasé,  
 Oyendo á su hermosa prima  
 El *Monte Cristo* leer.  
 Poco á poco nuestras almas  
 Se van uniendo otra vez,  
 Con indisolubles lazos  
 Que nadie podrá romper.  
 Nacimos para adorarnos,  
 Tal nuestro destino fué.  
 ¡Mas no tardes, alma mia,  
 Ven al pecho mio, ven!—

